

Solo con tomar libremente el yugo de Jesucristo podemos salir de esta vergonzosa y cruel esclavitud... Jesús nos dice: *tomad sobre vosotros*: llevad sobre vosotros *mi yugo* para hacernos comprender, que así como nosotros lo tomamos libremente, lo debemos tambien llevar alegremente y públicamente, que debemos tener un particular gusto en llevarlo, que debemos reputarlo por un grande honor, y que debemos poner en él todas nuestras delicias y nuestra gloria... ¿Qué cosa promete Jesucristo á aquellos que llevan su yugo y su carga? Les promete que hallarán su yugo lleno de dulzura, y su carga infinitamente ligera. ¿Cómo, pues, puede ser esto? Porque debajo de este yugo y debajo de este peso estamos en el orden y en el estado en que Dios nos quiere; porque Jesucristo nos ayuda á llevar lo uno y lo otro con su gracia; y finalmente, porque estamos sostenidos de la esperanza inmortal de los bienes de la gloria. Al contrario, bajo del yugo del pecado vivimos en el desorden, sin tener quien nos conforte, sin esperanza, y atormentados del temor de un Dios justo, que tomará venganza á su tiempo de nuestras inquietudes. Promesa del Salvador confirmada por la experiencia: seamos mas fieles á su ley, mortifiquemos mas nuestras pasiones, hagámonos mas violencia, y practiquemos mas las obras de penitencia, y experimentaremos mas las dulzuras que trae consigo su servicio.

Peticion y coloquio.

¡Oh yugo amable de mi Salvador! He sido feliz siempre que te he llevado, y cesé de serlo solo cuando engañado del atractivo de un falso deleite he inclinado el cuello al yugo de mis pasiones. ¡Yugo de hierro! ¡peso enorme! ¿Y hasta cuándo gemiré en tan dura esclavitud? Libradme, ó Señor y Salvador mio, romped mis lazos, restituidme la libertad; os la pido para consagrarla únicamente á Vos, y dedicarme enteramente á la observancia fiel de vuestra santa ley. Amen.

MEDITACION XCIV.

LA PECADORA PENITENTE EN CASA DE SIMON FARISEO.

(Luc. vii, 36-50).

El Evangelio nos representa aquí el retrato del amor penitente, y propone á nuestra reflexion: 1.º su carácter; 2.º su apología; 3.º su recompensa.

PUNTO I.

Carácter del amor penitente..

Lo 1.º *Es activo para buscar la ocasion de manifestarse y de alcanzar el perdon...* «Uno de los fariseos le rogaba (á Jesús) que fue-
«se á comer con él; y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso
«á la mesa: y hé aquí una mujer que era pecadora en la ciudad,
«cuando supo que estaba á la mesa en casa del fariseo, llevó un
«alabastro de unguento...»

Es creible que esto que aquí refiere san Lucas sucediese en la ciudad de Naim, y que sea fruto de la predicacion que poco antes habia hecho Jesucristo al pueblo. Á este discurso tan patético, lleno de amenazas contra los impenitentes y de los mas tiernos convites á los pecadores, se halló una mujer cuyos desórdenes eran públicos: quedó conmovida, conoció el estado en que se hallaba, tuvo horror, y resolvió salir de él sin perder tiempo. No dudó que el que habia trocado su corazon, y de quien habia oido tantos milagros era el verdadero Mesías, que tenia la potestad de perdonar sus pecados... Animada de esta fe, buscó la ocasion de manifestarle su dolor y de pedirle su gracia, y para no perder un momento tan precioso, no apartó la vista de aquel de quien esperaba un beneficio tan grande. Á estos mismos discursos asistió un fariseo llamado Simon, hombre respetable, y que no estaba prevenido contra Jesucristo por los otros fariseos. Quedó edificado del discurso del Señor, y ó sea por condescendencia al nuevo Profeta, ó por examinarlo mas de cerca á su gusto, lo convidó á comer á su casa, en compañía de otros muchos fariseos... Jesucristo, que tenia otros designios de su misericordia sobre el mismo Fariseo y sobre la mujer pecadora, aceptó el convite, y la pecadora, atenta á todo, no lo ignoró. ¡Oh Dios mio, qué grande es vuestra misericordia! ¡qué admirable vuestra providencia! ¡Cuánto importa estar atentos á sus caminos para corresponder á sus designios!

Lo 2.º *El amor penitente es pronto y ardiente para aprovecharse de*

la primera ocasion que se presente... «Y estando detrás á sus piés...»

Despues que la pecadora supo que Jesucristo debia comer en casa del Fariseo, no perdió un momento de tiempo, no dilató ni esperó otra ocasion mas favorable: voló á su casa, cogió un vaso de alabastro de un precioso unguento, y se fué á la del Fariseo... El empacho de presentarse delante de una asamblea de hombres que todos la conocian por pecadora pública, no la aterró; no tuvo miedo de los discursos de los hombres sobre su conducta, ni de las reprecensiones que le podian dar sus cómplices por su nueva resolucion. No teniendo otro temor que el de Dios, otra vergüenza que la que lleva de suyo el pecado, otro amor que el del Salvador, entró en la sala del banquete, y se puso detrás de Jesucristo, de quien esperaba su salud... Jesucristo, segun la costumbre del país, estaba reclinado sobre un canapé, el rostro vuelto á la mesa, y con los piés descalzos hácia fuera. A estos piés adorables se postró la penitente en la postura mas humilde y la mas respetuosa; y aquí sin ser vista del Salvador, aunque á la vista de los demás convidados, dejó correr las riendas á su dolor y á su amor.

Lo 3.º *El amor penitente es industrioso para aprovecharse de la ocasion que encuentra...* «Comenzó á bañar los piés de Jesucristo con «sus lágrimas, y á enjuagarlos con los cabellos de su cabeza, y los «besaba y los ungió con el unguento...»

La mujer penitente puesta á los piés de Jesucristo, penetrada del mas vivo dolor, y ardiendo en su santo amor, se halló en estado de no poder hablar ni una palabra: en un momento se llenaron de lágrimas sus ojos, se postró á los piés de aquel Señor, de quien esperaba la gracia: fueron tan abundantes las lágrimas, que los piés de Jesucristo se inundaron: los enjugó con sus cabellos, los besó con respeto, y los ungió con el precioso licor que llevaba. ¡Oh verdadera penitente, cuánto mas elocuente es tu amor! ¿Qué corazon no se enternecerá con tus lágrimas y no llorará amargamente contigo? ¡Ay de mí! mas he pecado que tú, mas que tú he abusado de las gracias que he recibido: ¿no debería yo, pues, derramar un torrente de lágrimas mas copioso que el tuyo á los piés de mi Salvador, y mas cuando estos sagrados piés han estado ya clavados en una cruz por mí? ¡Oh mujer generosa! ¡tu penitencia es un verdadero sacrificio, un holocausto perfecto! ¿Qué remedio mas propio para reparar los desórdenes de tu vida pasada que hacer servir á tu reconciliacion todo aquello que sirvió á tus pecados? Tú sacrificas á un justo dolor todo lo que sirvió á tus pasiones, y para encenderlas en

los corazones de otros: tú santamente ofreces á Dios aquello que has empleado culpablemente para engañar: tus ojos eran el órgano de tus deseos, ahora son la primera víctima que ofreces; los desfiguras con la abundancia de tus lágrimas, apagas el fuego impuro y contagioso de tus miradas libres y homicidas en las aguas de la penitencia: sobre los piés de Jesucristo contiene sus movimientos desreglados, que provocaban al desórden los corazones, y les concedes solo aquellos que reciben del mas profundo dolor: tu boca manchada se purifica besando con respeto los piés de Jesucristo, simbolo de tu reconciliacion con Dios: aquellos cabellos que disponias con tanto artificio, y servian para ornamento de tu frente, ó por mejor decir, para pervertir los corazones, ahora esparcidos y sin ornato, sirven para enjuagar los piés del Salvador bañados con tu llanto: aquellos perfumes con que embalsamabas una carne pecadora, que te habias fabricado en ídolo, los derramas sobre la carne divina y vivificante de aquel Señor que solo merece todos nuestros obsequios. De esta manera ofreces al Salvador en holocausto todo aquello que ha contribuido á tus placeres pecaminosos.

¿Cuál es el contento de tu alma en medio de este perfecto sacrificio? No habrás encontrado jamás tanta satisfaccion en el pecado, como gustas dulzura en el ejercicio de la penitencia. Con todo esto tu Salvador no te mira ni te habla; pero tú estás contenta con que no te deseche, ni te despida de sí: tú te tienes por dichosa solo con que te permita manifestarle tu amor, y en esto conoces que lo agradece. De hecho, sin corresponder en la apariencia á la generosidad de tus acciones, este Hombre-Dios sostiene tu fervor: y así no te canses, sin proferir siquiera una palabra, no ceses de solicitar su gracia, continúa en disponerte; bien presto te hablará Jesús, presto volverá sobre tí sus divinos ojos, y las palabras que te dirá pondrán el colmo á tu fortuna.

PUNTO II.

Apologia del amor penitente.

«Viendo, pues, esto el Fariseo que lo habia convidado, decia dentro de sí mismo: si este fuera profeta, ciertamente sabria quién y «cuál es la mujer que lo toca, porque es pecadora...»

El Fariseo que era testigo de este extraordinario suceso, quedó del todo escandalizado, no de la mujer pecadora, porque lo que esta hacia no era del todo fuera de lo que se acostumbraba en el país, sino de que Jesucristo hubiese dejado que se acercase á él una mujer pú-

blicamente deshonrada por sus disoluciones; porque en la secta de los fariseos era un punto de religion no sufrir la compañía de los pecadores. Este hombre, decia él entre sí, no siendo de esta ciudad, puede, naturalmente hablando, ignorar los desórdenes de esta mujer; pero si fuera un profeta conoceria con luz sobrenatural que esta mujer es una pública pecadora, y no dejaria que se le acercase... ¡Oh, y cuán poco basta para destruir en nuestro espíritu la estimacion que hemos concebido de nuestros prójimos, aun cuando sea bien fundada! Jesucristo tuvo compasion del error del Fariseo: queria su Majestad á un mismo tiempo iluminar á este, consolar á la penitente, é instruirnos á nosotros.

1.º *Ilumina al Fariseo...* «Y Jesús respondiéndole, dijo: Simon, «tengo que decirte una cosa. Y este dijo: Maestro, dí...» Despues de este preámbulo de cortesía, para despertar la atencion de los que estaban presentes, se explicó el Señor así: «Un acreedor tenia dos «deudores: uno debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; no «teniendo ellos con qué pagar, perdonó á los dos. ¿Quién de los «dos lo ama mas? Respondió Simon: pienso que aquel á quien mas «perdonó: y él le dijo: has juzgado rectamente...»

El designio del Salvador en esta pregunta era de hacer conocer que el Fariseo soberbio amaba menos á Dios que la humilde pecadora. Con esta idea propuso la parábola, en que delineaba á Simon y á la pecadora bajo los personajes de dos deudores igualmente incapaces de pagar, y se representaba á sí mismo en la figura del acreedor caritativo que perdonaba á los dos toda la deuda. Condujo de este modo el Señor al Fariseo á convenir en que debía amar mas á este caritativo acreedor aquel deudor á quien se le habia perdonado mas; y sobre esta decision formó este razonamiento: Tú juzgaste que el amor que inspira el reconocimiento, se debe medir por la grandeza del beneficio recibido: esta regla es justa; pero si has juzgado que en el orden natural, despues del perdon gratuito de un acreedor á dos deudores, cuyas deudas son desiguales, aquel debe amar mas, cuya deuda es mayor, en el orden de la gracia debes observar lo mismo en los deudores; esto es, en los pecadores penitentes, antes que se les perdonen sus deudas, que son sus pecados. Los mas culpados son por lo comun los mas fervorosos; aman mas porque están cargados de un peso mayor de deuda; esperan y consiguen una mayor misericordia. Para convencerte no quiero hacer mas que compararte á tí con esta mujer que has despreciado...

«Y vuelto (*el Señor*) á la mujer (*que ya habia tiempo que esperaba*

«*que el Señor la miraria con compasion*) le dijo á Simon: ¿ves esta «mujer? Yo he entrado en tu casa, y no me has dado agua para mis «piés, y esta ha bañado mis piés con sus lágrimas, y los ha enju- «gado con sus cabellos: tú no me has dado el beso (*como era cos- «tumbre*), y esta desde que vino no ha cesado de besar mis piés: no «me has ungido la cabeza con óleo; y esta ha ungido mis piés con «ungüento, por lo que te digo que le son perdonados muchos pe- «cados...»

Así debes tú tambien juzgar segun tu propia decision, *porque ha amado mucho*, como lo ha manifestado, y tú mismo eres buen testigo; y *menos ama aquel á quien menos se perdona*. No respondió palabra el Fariseo; pero debió conocer claramente que Jesucristo no era un profeta, sino aquel que habian anunciado los Profetas, el verdadero Mesias, en cuyas manos habia puesto su divino Padre su poder, todos sus derechos, y la potestad de perdonar los pecados... Dichoso Fariseo si esta instruccion del Salvador lo empeñó en amar con mas fervor á quien lo habia iluminado con tanta sabiduria, con tanta fuerza y con tanta bondad. Y dichosos tambien nosotros si amamos perfectamente un Dios que ha vinculado nuestra gracia y nuestra felicidad al sentimiento de amor, el mas natural al hombre, el mas sensible y el mas vivo.

2.º *Es consolada la penitente...* ¿Quién podrá comprender cuál fue la admiracion de esta mujer llorosa, cuando vuelto á ella Jesucristo, oyó que no solo aprobaba, si que alababa y ensalzaba tambien cuanto ella habia hecho por él, contando menudamente y ponderando todas las circunstancias? ¡Ah! y ¿quién no se esforzará á servir á un Señor tan bueno que todo lo ve y que cuenta todas nuestras acciones?

3.º *Tambien nosotros somos instruidos...* Aprendamos del Fariseo á no despreciar á nadie y á no compararnos con ninguno, si no fuese para humillarnos mas. ¡Ay de mí! ¡por cuántos títulos somos inferiores á aquellos sobre quienes nos ensalzamos, y á quienes nos preferimos! Muchas veces en la misma sagrada mesa del Salvador el mas justo es menos fervoroso que el pecador recién convertido. Aprendamos de esta mujer penitente á despedazar nuestros corazones con la compuncion, á llorar nuestros pecados á los piés de Jesucristo, á emplear en su servicio y hacer servir á la penitencia la carne que ha servido al pecado; á hacer servir para el ornamento de sus altares y para socorro de sus miembros necesitados los bienes que hemos empleado en el lujo y en la vanidad, y finalmente apren-

damos del Salvador, que él es el acreedor compasivo, pronto siempre á perdonar todo el débito, si sinceramente se lo suplicamos: que nosotros somos sus deudores: que nuestras deudas son nuestros pecados: que todos estamos cargados de ellos, unos mas y otros menos; pero todos igualmente impotentes de pagar: que el que ha pecado mas debe procurar amarlo mas; y el que menos pecó se debe esforzar á no amarlo menos. Aprendamos del Señor, que es rico en misericordia, y que pide de nosotros le amemos con tanto mayor fervor, cuanto mas gravemente le hemos ofendido, que con estas condiciones no solo no nos condenará en el ultimo dia, sino que hará él mismo nuestra defensa y nuestro elogio en presencia de todo el mundo junto.

PUNTO III.

Recompensa del amor penitente.

Lo 1.º *El perdón de los pecados...* «Y á ella le dijo: te son perdonados tus pecados...» El Salvador asegura á esta mujer que Dios tiene de ella misericordia. No se contenta de haberlo ya declarado hablando á Simon; quiere darle á ella misma una sólida y cumplida consolacion, quiere que ella guste la paz inefable de una alma restablecida á la gracia, y que oiga de su misma boca: «Te son perdonados tus pecados...» ¡Oh poderosas palabras llenas de consuelo! Jesucristo es el que las pronuncia aun ahora por boca de sus ministros; y tienen en nosotros el mismo efecto cuando llegamos al sacramento de la Penitencia con las debidas disposiciones... Los fariseos convidados tambien á la misma mesa murmuraron en secreto... «Y los convidados comenzaron á decir dentro de sí: ¿Quién es este que perdona hasta los pecados?...» Este espíritu farisáico reina aun entre muchos de nosotros, que no se contentan con murmurar en secreto, sino que públicamente se quejan, llegando hasta perturbar la paz de la Iglesia, porque se tratan los penitentes con demasiada benignidad y dulzura.

Conviene ciertamente huir de una demasiada blandura é indulgencia, que haria que el pecador se quedase y continuase en el pecado; pero tambien se debe huir el demasiado rigor respecto de un penitente tocado de la gracia y que recurre al Padre de las misericordias con un espíritu de contricion, de amor, de confianza y de humildad. Deben los ministros de Jesucristo usar de toda precaucion, exámen y prudencia para absolver á los pecadores, y estos no deben quejarse de las pruebas á que se pone la sinceridad de su

conversion, ni de las sábias dilaciones á que varias veces es necesario recurrir para su verdadera reconciliacion con Dios... Esta, que se pretende sea severidad, es una conducta no solo llena de religion, sino tambien de misericordia. La dilacion y las pruebas deben tener su término, pues el prolongarlas mas de lo justo es exponer el pecador, y no seria suministrarle un medio para su conversion, sino motivos de pusilanimidad y ocasion de recaidas. En este punto, como en todos los demás, es necesario huir de los extremos viciosos. Sobre todo, mas se debe temer el dar en el extremo de excesiva dureza cuando una persona es naturalmente inclinada á la severidad y al rigor con otros. Jesucristo nos ha dejado ejemplos y preceptos de dulzura y benignidad para con los verdaderos penitentes.

Lo 2.º *La recompensa del amor penitente es la salvacion y la sanidad del alma...* Jesucristo no quiere responder á las quejas internas de los fariseos ni descubrir sus pensamientos. Su caridad le hizo á veces hablar y callar. Sufrió la poca disposicion que tenian estos judíos, y dió á la mujer penitente la consolacion de la buena conciencia: «Y le dijo á la mujer: Tú fe te ha salvado...» Tanto por lo que toca al cuerpo, como por lo que mira al alma, hay un estado de sanidad y de fuerza tal, que es algo mas que la exencion pura de la enfermedad... La frecuencia del sacramento de la Penitencia procura al alma esta fuerza, y para decirlo así, esta sanidad espiritual que le da valor para los ejercicios de la virtud y constancia en la práctica del bien. Si las almas piadosas que frecuentemente se llegan á este Sacramento se hallan aun en estado de flaqueza y de debilidad, no lo deben atribuir á otra cosa que á su poca fe. Examinen estas si frecuentan este Sacramento con verdadero espíritu de fe: si en llegarse á él hay algun motivo humano, ó el uso, ó el hábito, ó la vanidad, ó la ostentacion; si la confianza que tienen en el Ángel visible, en el confesor que las guía, es del todo segun la fe; si ven solo en él el ministro de Jesucristo, á Jesucristo mismo; si la manera con que le hablan es efecto de su fe; si los motivos por que lo han escogido y por que continúan con él, ó por que algunas veces lo mudan dimanen de la fe... ¡Oh, y cuántos bienes se pierden muchas veces por falta de fe práctica! ¡Cuántos pecados y cuántas profanaciones se experimentan, á cuyo abrigo viven ciegas tantas personas! La mujer penitente vió solo en Jesucristo el Mesías prometido á Israel, vió su Salvador y su Dios, y esta fue la fe que la salvó. Esta mujer fue la sola, ó fue por lo menos la primera que

haya buscado á Jesucristo únicamente por el perdon de sus pecados.

Lo 3.º *La recompensa del amor penitente es la paz del corazon...* Las últimas palabras que dijo el Salvador á esta dichosa y santa penitente pusieron el sello á su felicidad y á su perfecta reconciliacion... *Véte en paz...* ¡Oh dulce paz! ¡oh dulce fruto de la verdadera penitencia! Los mas grandes pecadores lo experimentan felizmente, cuando despues de haber examinado exactamente su conciencia sin adularse, despues de estar penetrados de dolor y de amor á los piés de un Dios ofendido, y despues de haber vencido todo respeto humano y toda vergüenza dañosa, descubren todos sus desórdenes sin disimular cosa alguna. Pero, ¿cómo ó por qué acaece muchas veces que algunas almas piadosas, que temen el pecar mas que á la muerte, se hallan privadas de esta dulce paz, y agitadas en su conciencia experimentan las mas vivas inquietudes sobre sus pecados y sobre las confesiones que han hecho? ¡Ah! este es un artificio del enemigo de la paz, que perturba estas almas para robarles el fruto de su penitencia, para impedirles el adelantamiento en la perfeccion, y quitarles el gusto de la virtud, y si pudiese ser, hacerlas volver atrás... Almas inquietas, resistid al enemigo de vuestra salud con una perfecta confianza en la bondad y en la misericordia de vuestro Salvador. Vosotras habeis hecho cuanto él os ha mandado, cuanto está de vuestra parte para volver á su gracia: ¿os manda por ventura otra cosa? ¿Será la confesion una red que os haya tejido él para engañaros y cogeros? ¡Ah! ¿por qué os consumís en tantas inquietudes cuando os debiais consumir en amarle? Suponed ya vuestros pecados perdonados, y no os ocupeis en otra cosa que en mostrarle vuestra gratitud y vuestro reconocimiento. Si están perdonados ya vuestros pecados, vuestra inquietud ofende al que os los ha perdonado; si no lo están, vuestra inquietud nada alcanzará para conseguir el perdon. El amor solo puede obrar este milagro, y reparar cuantos defectos pueda haber habido en vuestra penitencia: menos inquietudes por lo pasado, y mas fervor al presente: amad mucho: el amor es el mas seguro indicio del perdon de los pecados. Amad, y gozaréis la paz, que es la recompensa del amor penitente.

Peticion y coloquio.

¡Oh Dios mio! vuestro amor sea el principio y el alma de mi penitencia: mi dolor sea de haber ofendido á un Dios tan bueno, á un Padre tan amable y tan benéfico. Haced, Señor, que os ame mu-

cho, porque es mucho lo que he pecado. Haced que merezca que se me perdonen todos mis pecados, despues que os habré amado mucho. ¡Ah! encended en mi corazon este fuego del amor divino, que de la mas despreciable entre las mujeres hizo en un momento el objeto de vuestras ternuras, y purificándola la volvió digna de Vos, para que yo participe de la recompensa de su amor en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION XCV.

SANTAS MUJERES SIRVEN Á JESUCRISTO EN SUS MISIONES.

(Luc. viii, 1-3).

Consideremos: 1.º los beneficios que estas recibieron de Jesucristo; 2.º el reconocimiento que le mostraron durante su vida; 3.º el afecto y devocion que le conservaron despues de su muerte.

PUNTO I.

Los beneficios que recibieron de Jesucristo.

«Y aconteció despues que Jesús andaba por las ciudades y aldeas «predicando y anunciando el reino de Dios, y los doce con él... y «algunas mujeres que habian sido sanadas de los espíritus malignos y de enfermedades: María que se llamaba Magdalena, de la «cual habia echado siete demonios...»

1.º *El primer beneficio que habian recibido estas santas mujeres de Jesucristo fue la sanidad del cuerpo...* Las habia sanado de sus enfermedades, y algunas habian sido libradas del demonio... La sanidad del cuerpo entre todos los beneficios de Dios es el mas sensible, el que mas naturalmente nos excita el reconocimiento. ¿Cuántas veces hemos recibido nosotros de Dios este beneficio? ¿Y en qué le hemos mostrado nuestra gratitud? ¿Cuántas veces hemos prometido á Dios en el tiempo de las enfermedades que si nos restituía la sanidad, la habríamos empleado en su servicio? ¿Cómo hemos cumplido esta promesa? Reconozcamos, lloremos y reparemos nuestra ingratitud.

2.º *Segundo beneficio, la remision de sus pecados...* La sanidad de los cuerpos que Jesucristo obraba era la figura de la sanidad del alma, que daba al mismo tiempo, como el mismo Señor nos lo da á entender, declarando formalmente á muchos de los que habia sanado, que sus pecados les habian sido perdonados... La cura de la Magdalena habia sido singular, segun lo era su estado, y por eso el

Evangelio habla de ella expresamente. Y no hay que maravillarse que esta mujer haya estado poseida de siete demonios, pues hemos visto en otra parte un hombre poseido de una entera legion... ¿No es por ventura ser verdaderamente librados del demonio el ser librados del pecado? Ahora, pues, ¿cuántas veces hemos recibido de Dios este grande beneficio? ¿Ha salido acaso de nosotros un solo demonio? ¿Han sido acaso solos siete? Llamemos, si es posible, á nuestra memoria el número, la gravedad y la diversidad de nuestros pecados, y penetrados de reconocimiento para con nuestro Libertador, consagrémonos enteramente á su santo servicio.

3.º *Tercer beneficio, el don de la fe...* No era posible obtener una milagrosa sanidad del Salvador sin creer en él; antes bien requería esta creencia para ser sanados. Y ¡oh, cuánto mas se avivaba esta fe por la sanidad misma! Nosotros hemos recibido este don precioso de la fe en Jesucristo, en nuestro bautismo, y desde nuestros mas tiernos años hemos sido instruidos de los divinos misterios que incluye esta fe adorable y de los bienes eternos que nos promete. Finalmente hemos venido al mundo en lo mas claro del día de esta misma fe, cuando reinaba con toda su majestad, y esparcía por todas partes sus mas vivos resplandores. Ahora, pues, ¿cómo nos hemos aprovechado de un beneficio tan grande y tan especial? ¿Hemos conservado en nuestro corazon este don precioso? ¿Lo hemos amado? ¿lo hemos honrado? ¿lo hemos defendido? ¿No nos hemos avergonzado de él algunas veces? ¿no nos hemos expuesto á peligro de perderlo con discursos, ó con la leccion de algunos libros prohibidos?

PUNTO II.

Del reconocimiento que mostraron á Jesucristo durante su vida.

«Y Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes, y Susana y otras muchas, las cuales lo asistían de sus facultades...»

Lo 1.º *Estas santas mujeres le consagraron sus bienes...* Jesucristo era pobre: caminaba acompañado de sus doce Apóstoles, tambien pobres como él. No hizo jamás milagro alguno por sus necesidades particulares, para su subsistencia, ni para la de sus discípulos. En las ciudades se hallaban personas que tenían á grande honor el recibirlo á su mesa, y otras daban algunas limosnas á sus Apóstoles; pero en las campiñas y en los lugares pequeños donde lo guiaba su celo, bien léjos de encontrar socorro, no encontraba mas que pobres, á quienes hacia distribuir la mayor parte de las li-

mosnas que les habian suministrado. Era justamente en esta ocasion cuando las santas mujeres ricas y señoras de sus bienes proveían con su propio cuidado y diligencia á Jesucristo de las cosas necesarias... De esta manera cooperaban de algun modo al establecimiento del reino de Dios, y participaban del ministerio y de la recompensa de los Apóstoles... Si Jesús presenta aquí en su persona el ejemplo del desinterés á los ministros del Evangelio, nos da tambien en la persona de las santas mujeres que lo socorrian un ejemplo de la manera con que podemos mostrarle nuestro reconocimiento... Es, pues, un orden establecido por el ejemplo del mismo Jesucristo, que si las mujeres cristianas no pueden enseñar las verdades del Evangelio, no habiendo recibido la gracia de la mision apostólica, ni la potestad de anunciar la palabra divina, pueden no obstante tener parte en el ministerio evangélico, ó sea con limosnas, ó sea con tomar á su cuidado el proveer á las necesidades de los ministros. Jesucristo permitía que ellas le asistieran con sus bienes en sus necesidades, no por la comodidad de la vida, sino por no ser ni hacerse gravoso á alguno en los lugares por donde andaba. San Pablo ha mostrado la justicia de estos socorros de caridad¹, aunque por lo comun no se sirviese de ellos. Este grande Apóstol trabajaba con sus manos para no retardar, como él decia, el progreso del Evangelio; pero hablaba á los gentiles, y vivía entre ellos, y Jesucristo y los Apóstoles en Judea y entre judíos.

Lo 2.º *Estas santas mujeres le consagraron sus personas...* No se contentaban con los socorros pecuniarios que daban al Salvador: le seguían ellas mismas, se iban á los lugares por donde debia pasar ó á donde debia pararse. Le servían á él y á sus discípulos, asistían á sus discursos, veían los milagros que obraba, y muchas veces se hallaban en las instrucciones particulares que hacia á sus Apóstoles; entraban como ellos, aunque con alguna diferencia, en los mas secretos misterios del reino de Dios, mostrando de este modo á Jesucristo su reconocimiento, y recibían cada dia nuevos favores: lo mismo experimentaremos nosotros á medida de la generosidad con que nos dediquemos á servirle.

Era costumbre recibida entre los judíos, segun todos los santos Padres, que las mujeres siguiesen á los hombres y los oyesen para aprender la ley de Dios. De este modo no habia que temer algun escándalo. No era así entre los gentiles, donde esta costumbre no era conocida ni se recibía esta libertad; de donde es que san Pa-

¹ I Thes. II, 9; II, III, 8.

blo no quería permitir á las mujeres convertidas que le siguiesen.

Lo 3.º *Estas santas mujeres le consagraron su corazon...* Se puede agradar á Jesucristo con solo el corazon... Las tres santas mujeres que se han nombrado eran solteras y libres de los empeños del mundo. Juana era viuda y sin hijos : Magdalena y Susana nunca habian sido casadas ni lo fueron jamás : eran señoras de sí mismas, siguieron á Jesucristo, y se dedicaron á su servicio... ¡Oh suerte feliz y bienaventurada! oh feliz eleccion, y cuán digna es de ser imitada por las personas que se hallan en su misma situacion!... Entre las otras mujeres que seguian á Jesucristo, que aquí no se nombran, habia algunas casadas : ningun estado está excluido del servicio de Dios, de la esperanza de poderle agradar y de obtener singulares favores... Estas santas mujeres supieron hallar el secreto de consagrarse al servicio de Jesucristo sin faltar á las obligaciones de su propio estado... Algunos se lamentan de los embarazos del propio estado, por excusar su propia tibieza en el servicio de Dios ; mas si el corazon fuese todo de Jesucristo, se encontraria el medio de conciliar todas las cosas.

PUNTO III.

La adhesion que conservaron á Jesucristo despues de su muerte.

Lo 1.º *Ellas se dispusieron á embalsamarlo...* Aunque deberémos hablar de esto mas largamente donde han hablado los Evangelistas, podemos decir desde ahora alguna cosa en general... Observemos primeramente que entre estas santas mujeres María Magdalena tiene el primer lugar, y fue tan digna de consideracion y de particular distincion por su grande ánimo, por su celo, por su constancia y por su amor, como por la singularidad de haber estado poseida de los siete demonios de que la libró el Señor ; entre las santas mujeres, los Evangelistas nombran siempre la Magdalena la primera, como á Pedro el primero entre los Apóstoles : esta fue la primera que fué al sepulcro, la primera que vió á Jesucristo resucitado, la primera que anunció su resurreccion á los Apóstoles. Juana es nombrada tambien entre las que fueron al sepulcro y anunciaron la resurreccion del Salvador : Susana no se vuelve á nombrar ya mas ; pero sin duda estaba con Magdalena y con Juana cuando quisieron ir á embalsamar el cuerpo de su divino Maestro.

Lo 2.º *Ellas vieron á Jesucristo subir al cielo...* Unidas á los Apóstoles con aquel puro y sagrado vínculo que las habia unido á Jesu-

cristo despues que las instruyó de su resurreccion, siguieron sus mismos pasos ; volvieron con ellos á Galilea y á Jerusalem ; con ellos estuvieron en el monte de las Olivas, y tuvieron el inefable consuelo de ver á su divino Maestro dejar la tierra y elevarse al cielo.

Lo 3.º *Ellas recibieron el Espíritu Santo con los Apóstoles...* Despues de la ascension perseveraron en oracion con los Apóstoles hasta el dia de Pentecostes, y recibieron con ellos el Espíritu Santo, no como ellos para predicar, sino para acabar de santificarse segun la proporcion de su estado, y segun la medida de la gracia que se les habia comunicado.

Peticion y coloquio.

Es cosa sorprendente, ó Jesús, que estas santas mujeres no hayan querido abandonaros, despues que Vos las librásteis de la tiranía del demonio. ¡Oh, y cuán bien se está estando con Vos, ó Salvador mio, despues de haber experimentado otros señores! Interceded por nosotros, ó santas mujeres, y alcanzadnos la gracia de imitaros. Amen.

MEDITACION XCVI.

SANA JESUCRISTO UN ENFERMO DE TREINTA Y OCHO AÑOS EN LA PISCINA DE JERUSALEN.

(Joan. v. 1-16).

Examinemos las circunstancias que preceden, las que acompañan, y las que se siguen á este milagro.

PUNTO I.

Circunstancias que preceden á esta sanidad.

La 1.ª *El tiempo...* «Era el tiempo de una fiesta de los judíos¹. Despues de esto, siendo la fiesta de los judíos, subió Jesús á Jerusalem...»

Hemos visto en la meditacion precedente como Jesucristo, acom-

¹ Esta fiesta, segun la opinion mas probable, era la de las Suertes, establecida por Mardoqueo, como está escrito en el cap. ix, v. 20 y 22 de Ester : era fija en el mes de Adar, que es el duodécimo y último del año sacro ó eclesiástico : este comenzaba en el mes de Nisan, en que se celebraba la Pascua. La fiesta de las Suertes caia, segun esto, el dia 14 ó 15 de la luna de febrero, como la Pascua el dia 15 de la luna de marzo : de esta manera no tenemos que admirarnos si san Juan en el capítulo siguiente, esto es, en el vi, v. 4, dice que la fiesta de la Pascua estaba cerca.